# A TIENTAS

Mientras lo cercano se alejaba, un punzón irritante me iba taladrando. Mas el elixir terreno, la esperanza, conseguía que el engaño se perpetuase. Fue al escuchar el pronóstico médico, que se pronunció muy lentamente, como una sentencia; o quizá fue tergiversación de mi cerebro dolorido, el temblor del galeno apesadumbrado por la ignorancia, por la piedad o la fría repetición de malas noticias, cuando llegó el hundimiento. Mi esposa sujetaba las manos claudicantes evitándome el abismo. Rogué piedad al Vademécum, requerí fechas, de la más lúgubre a la más optimista, y me alarmé al comprobar lo próximas que se hallaban las dos.

Al levantarme me di un golpe con la silla, como si el terror de saber menoscabase aún más la visión precaria. Tan poderosa es la mente que al entrar lo hice con agilidad y mediana destreza, y al salir de la aséptica consulta faltó poco para caerme, necesitando ser guiado. Ya era oficialmente un ciego.

No hubo hombría por mi parte, ya que esta surge para el dominio de la intemperie o la protección de hembra y crías, no para el desmoronamiento del núcleo humano. En tal vorágine, el varón está tan desnudo como un cachorro.

Por fortuna mi esposa, con prudencia, callaba. Seguro que se hallaba sorteando los mil obstáculos que se presentarían, y las prótesis con las que aliviaría mi estupor. Las feas trivialidades de lo cotidiano. Pésimo negocio el ser mujer, pensé, siempre cuidando a otros, de cuna a tumba. En vez de escapar, liberarse de tamaña carga y aspirar oxígeno. De pronto afirmó:

—Estoy aquí. Recuerda que estoy aquí.

Claro que lo dijo para consolarme y así negar toda posibilidad de deserción y duda. Aunque pronto, y fui consciente de inmediato, la frase sería una orientación en el espacio, en esa terrible extensión que optaba por esconderse de mis ojos.

¿Me habría ido yo? Probablemente. No con brusquedad, ya que conocía bien el peso áspero de la culpa. Delegaría en manos profesionales, huyendo lo más posible, hasta que su existencia se desligase casi por completo de la mía. El medir mi ética ayudó al derrumbamiento completo. Siguió mi mujer, apodíctica, silabeando su consigna segunda:

—Haremos que la vida valga la pena.

Por aquel entonces la gratitud me inundaba. Y aquella mujercilla, pues era menuda frente a mi corpulencia, parecía un militar capaz de lidiar con las hordas más terribles y

de guiarme por los pretiles dantescos. Iba ganando poder a pasos de gigante; justo el que yo perdía diariamente.

—En realidad, estoy agotada —. Y me besaba en la mejilla, sin apenas tocarme.

Yo mantenía mi pistola en un cajón oculto del escritorio. Iba y acariciaba su gelidez metálica. Al instante lo percibía: no era valiente, seguía amando la existencia. No iba a tomar jamás una resolución semejante.

Dormíamos juntos, pero sin intimidad física. Sabía de su ardor, aún atravesábamos la madurez primera, y lo juzgué un interludio agradable porque yo flaqueaba ya. Aunque pasaron las semanas y la abracé como solía; ella se horrorizó y me detuve, pudoroso. Tampoco era varón para ella. Se me iba despojando de los atributos humanos, provocando solo sensiblería y asco. La melancolía del sexo, germen de toda tristeza. Otro peldaño en mi brusca adaptación al abismo.

—No te preocupes, yo estoy bien… no necesito… quiero decir…

Un áncora se instaló en mi corazón de plomo. Un dolor sordo e incesante. Sin embargo, la cama me compensaba de tales sinsabores. Dormía yo más que nunca, envuelto en una absenta lenitiva.

Tuve un sueño que se clavó como aguja en la memoria. Su descripción lo hace banal. Aunque la omnisciencia del durmiente lo juzgó importante, decisivo.

Estaba yo esperando en el andén de una estación. Solo eso. Un reloj sin agujas. Ningún viajero me acompañaba en la impaciencia, ningún equipaje requería mis atenciones. Vi, a lo lejos, el brillo de la máquina que se aproximaba y desperté.

—¡Qué curioso!

Mi enfermedad revolucionó las costumbres apaciguadas y domésticas. Las alfombras se quitaron, los zapatos acordonados desaparecieron. Por caridad de mi mal, se aprovechó otra visita al médico para tal mudanza. Cada obstáculo se removió, cada esquina hubo de plegarse a una lima invisible, algodonando mi torpeza.

A pesar de todo, seguía tocando el interruptor de la luz al entrar en una habitación. No sé el instante en que abandoné tal hábito: el espacio y el tiempo se hallan intrínsecamente unidos en la conducta humana. Aún sentía en el párpado el peso del sol, como una mosca aposentada en la piel. Y detectaba, no comprendo de qué forma, si la lámpara estaba encendida.

—¡Es increíble! ¡Qué intuición la tuya!

Lo que me sacaba de quicio era la lectura de mi esposa. Sin un volumen entre las manos no se adormilaba. Yo seguía midiendo el colchón con las yemas de los dedos. Mas la

noche ya había empezado para mí y, con ella, una hosca envidia; sin mis libros la existencia se iba pudriendo en la desventura. Esa asimetría de posibilidades, no tan obvia durante la jornada, me forzó a pedir que se mudara a la alcoba de invitados.

—Quizá tengas razón. Mas ¿y si me necesitas durante la noche?

Compramos diez campanillas metálicas, situadas estratégicamente. Colocó mi esposa una al alcance de mi mano.

—De todos modos, dormimos tabique por medio. Te dejo toda la medicación en la mesilla. ¿No confundirás las grageas?

—No. Al tacto son muy distintas.

—Me parece que hay demasiadas. Aunque sé que eres metódico.

Esto lo cuento con rapidez, mas juraría que sucedió aún más velozmente. Igual que la concepción espacial comienza a fluctuar, hasta modificarse, a la temporal le sucede algo parecido: se alarga o encoge. Todo escapa del antiguo control desvaneciéndose el poder sobre lo físico, que transcurre con autonomía novel. Y aparece un mundo insólito; pues la naturaleza compensa, de alguna forma, a sus hijos en la desdicha.

Una tarde lluviosa abrí la ventana. Podía discriminar el suicidio de las gotas casi, sería poca exageración, una a una. En un proceso de disección de los fenómenos, que usualmente pasan desapercibidos. Un corte transversal, como una muestra finísima bajo el microscopio, que permitía su estudio. Me asombró.

—¡Cuidado, vas a coger frío! —exclamó mi mujer. Y cerró el batiente.

Quise comunicar el descubrimiento, la separación de sonidos, el eco de cada uno de ellos, mas ya estaba escarmentado de su indiferencia. Cuando intentaba relatar las mínimas ventajas de mi condición nueva se enfurruñaba, como si además me hubiese vuelto loco.

**

El jardín. El tac—tac de puertas mal encajadas y de las mecedoras de rejilla, el agua escurriéndose en el surtidor de las ranitas de vidrio, las salamanquesas crucificadas en el lienzo del muro y un ensueño lastrado por la melancolía.

A los cinco años descubrí su presencia, y aparecieron ante mis ojos asombrados los minúsculos habitantes de los parterres, incansables trabajadores del humus, arrastrando como hormigas avellanas, almendras o dátiles en primavera, hasta la entrada de sus dominios. Eran los gnomos, tan reales como las golondrinas que anidaban en los aleros, los gatos que poblaban las noches de los tejados, entre la vigilia y el sueño, el caos y la

lucidez. Los sentía, ya que no podía verlos, y cuando por edad debería haber dejado de creer en su existencia, los acariciaba en mi mente y con la yema sensitiva de mis índices.

Además, allí te conocí, esposa ausente y transmutada por la alquimia del desastre. Las manos a la espalda y juntas, mordisqueando un tallo de avena loca por el sendero de gravilla, que aún sigo resistiéndome a cruzar. Estirándote después las medias perpendiculares: ambas costuras al centro justo de los correspondientes zapatos, charolados y convergentes desde las corvas a las ligas. Antes de llamar y presentarte, tú y el pequeño paquete de gratitud en nombre de tu madre a la mía, y de ser invitada bajo las pérgolas a melindres y a huesos de santo.

**

Entonces comenzó a ausentarse mi esposa. No buscaba excusa ni ensayaba explicaciones y quizá fue lo más acertado. Era más fácil engañarme que nunca, ya que el gran delator de la mentira es el lenguaje corporal. Aun así, nadie relata los asuntos del ágora a un ciego ya que se considera que ha pasado a otra dimensión donde ya no es necesario. Se cierra el rastrillo de la barbacana. Y la torre negra es ya tu reino.

—Buenos días. ¿Cómo se siente hoy? —sonó una voz, casi un susurro.

Una enfermera me custodiaba. Muy joven y silenciosa, como debe ser quien asiste a un invidente. Descorría los muebles despacio por no asustarme, todo lo llevaba a cabo en cámara lenta. Bien adiestrada para su función. Leía de continuo, creo que se presentaba a unos exámenes. Se movía por el cuarto solo para ahuecar los cojines, creyendo así aumentar mi confort; dormía mucho, casi siempre. Yo escudriñaba su respiración con curiosidad. Al bisbisear con sus espectros, me fascinaba. Hubiese querido entrar con la jovencita en sus imaginaciones y expandir mi catálogo de posibilidades.

Aunque esa escapatoria sí se encontraba abierta. Los días se habían convertido en antesalas de mis ensueños, cuyos deleites contrarrestaban tal pesadumbre.

Empecé a soñar de nuevo con la estación. Un hombrecillo, con uniforme ferroviario, tocaba un silbato y movía el badajo de la campana. Me maravilló el despliegue de las ventanillas del tren. Cada una exhibía un escudo, con sus motivos y colores heráldicos: azur, gules, púrpura, sable o sinople, decorando leones rampantes, barbacanas, coronas o lambrequines. Pensé: ‹‹Será primera clase. Muy lujosa, desde luego››. Alguien descendía del vagón con una maleta, pero solo podía detectar el guante. Rojo. Nada más.

Ansiaba no despertar nunca ya que allí veía perfectamente. Pertenecía a la raza en la que nací. Era considerado, no un objeto sin ánima. Lo intuía, a pesar de mi papel único,

el de observador. Mas debía aguardar a la noche. Me cuidaba de no sucumbir a siesta alguna, víctima del aburrimiento, para alargar y favorecer el periplo nocturno.

Compraron libros con audio, y entonces comprendí cómo la auténtica lectura pasaba por los ojos. Sin duda, la humanidad escuchó con deleite al huésped o al juglar durante milenios; aunque, tras ser alfabetizado, para mí no cabía otra solución. La música no constituía sustituto bastante. Tampoco quise un perro, ya que no pensaba moverme más de mi hogar. Aquellas horas desfilaban una a una acercándome a la alcoba, porque el día para mí ya era noche y la noche día.

Hace tiempo de aquello; quizá no tanto, para mí mucho, casi inmedible. Prohibí la visita de amigos; deseaba que me recordasen como fui, el auténtico yo que había sido, no aquel prisionero de una burbuja sombría.

—El señor no se encuentra disponible.

—Estudiamos juntos. Dígale mi nombre…

—Mis órdenes son unívocas en cuanto a su reposo. Muy buenas tardes.

Y, al oír el portazo, me sentía bien. Odiaba los compromisos sociales, la compasión, la mentira, la vana esperanza. Muy pronto se desencantaron y nadie insistió en hablar conmigo.

**

La infancia en aquella puerta. Callecita alumbrada por mortecinos faroles de gas. Un reverbero —tréboles, miramelindos, glicinas en la esfera nevada de un quinqué germano— a media llama. Cerrar de nuevo la celosía, los cristales velados de visillos. Olor a madre.

**

Mi mujer esbozó un día el siguiente razonamiento. ¿Para qué consumir tanta electricidad si yo no la disfrutaba? Un despilfarro. Lo mejor sería dividir el piso, amplio, antiguo, de elevadas paredes, en dos. Una zona se hallaría iluminada y la otra a oscuras. Con el dinero ahorrado la enfermera podría acompañarme más horas.

Ansié esgrimir cómo me estorbaba la compañía de aquella silenciosa joven y que, aun sin vida matrimonial, estaba más acostumbrado a sus ritos, olores, hábitos, por lo que tal familiaridad supondría una orientación en mi desconcierto. Pero no pude sujetar a quien, en contra de mis pronósticos sobre la abnegación de las mujeres, ya se despedía.

—Haremos lo que te parezca.

—Pero tú tendrás algo que decir, claro está.

—Lo que decidas. Como estés más cómoda.

Sin duda aguardaba una reconvención, pero me había vuelto manso, cansino, y deseché toda batalla de culpas.

—Asígname el área que creas conveniente.

—Aquí parece que estás bien instalado. La otra zona tiene mejores vistas. ¡Oh, lo siento! ¡Perdóname, por Dios!

—Solo quiero oír las gotas cuando llueve. Y no has de disculparte, ya que hablas con lógica y eso me agrada.

—Pero no con cariño.

—No, eso no. ¡Qué me importa ya! ¡Trato hecho!

Supongo que, desde el exterior, la gente vería la casa alumbrada solo en su mitad. Si los vecinos y parientes seguían curioseando, pensarían que la habitábamos a medias para evitarme el caos. Llegaba la noche. Los olores, agudos cual espinas, el pijama siempre limpio, se esmeraba en la higiene aquella chica casi muda, las campanadas prometedoras, la iglesia de Nuestra Señora de la Noche; un poco más y me hallaría lejos, muy lejos.

La estación de tren se iba amueblando. Comencé a escuchar, además, voces y risas, lo que me elevó extraordinariamente el espíritu.

Apareció la manga del que bajaba su equipaje y, después, el hombre por completo. Era un payaso. Vestía de clown de pies a cabeza. Su ropa, maquillaje, zapatos formaban el conjunto de tonos más vivos y deslumbrantes que yo hubiese observado jamás. Mi existencia anterior había sido un daguerrotipo, una aguada, una película en blanco y negro, comparada con aquella epifanía. Reía y gritaba el cómico bajando cajas, maletas, portafolios. Vacíos, teniendo en cuenta la facilidad de sus movimientos.

Pensé en lo estúpido que resultaba viajar con tanto equipaje. Hasta que advertí cómo sacaban sus rostros, enharinados, mil payasos más. Sus trajes se dirían de esmalte o laca. Teñidos en mil colores: azafrán, amaranto, escarlata, verdemar, añil, fuego o azulete. Nada obstruía mi horizonte, me sentí más feliz que nunca.

Al instante, el factor me preguntó:

—Usted ¿sube o baja?

—Aún no lo he pensado —repuse.

—Es comprensible. Muy comprensible —contestó el hombrecillo, mientras se acercaba a una cantina que descubrí justo entonces.

Amanecía un sol tan rojo e inmenso como el de la India, ocupando parte del horizonte. Los pájaros mostraban un aspecto tropical, a juzgar por sus plumas de tonalidades violentas. Se desplegaba una orgía cromática. Entré con los viajeros en el bar. A falta de

empleados, cada uno encontró su bebida favorita en las mesas: jugos de frutas de carnaciones vivas, con el dulzor de un opio fortísimo que ahuyentaba todas las inclemencias del espíritu. No supe más, ya que desperté.

Anduve meditando en las palabras de aquel factor; a veces creía comprenderlas, a ratos las consideraba únicamente combinación de mis fantasías, retales sin sentido.

**

Aquel segundo piso, amueblado, decorado con lámparas de bronce, ya sin función alguna, con bodegones de faisanes y escenas venatorias, visillos de encaje y estores de terciopelo carmesí. Como un inventario de pérdidas, de la última llave que cerró mis ojos y me hizo huérfano del mundo. En aquel piso, con minaretes de cristales coloreados y azotea que se abría a perspectivas urbanas y a campesinos paisajes: la vega del río, los alcores, el monasterio trapense, los olivares desde donde se veían ruinas elegíacas.

Corridas las cortinas, tabicados a piel y lodo el cierro y las ventanas, cruzado el rodapié sobre el herraje, como signo de duelo, y escamoteada del balcón la palma bendecida del Domingo de Ramos. Silencio. Resta solo un rumor de caos. Ecos de letanías, murmullos en voz queda, silbidos de lechuzas, la seca y vieja sangre de los tuyos.

**

Entonces, sucedió durante aquellos días, fue cuando escuché voces masculinas, golpes, murmullos y gemidos ardientes. Aquel visitante llegaba a menudo, sin serme presentado. Inquirí a mi enfermera:

—No lo sé. Solo conozco esta parte de la casa.

—Pero ¡ni que habitáramos un palacio! Usted verá quién entra y quién sale.

—Este es mi mundo. El otro no me corresponde. ¿Por qué no pregunta a su mujer?

Al seguir su consejo, su mentira despreocupada me indicó que ya tenía un amante. Y que su amigo gozaba largas horas con ella, en la otra parte del piso. Se divertían sin tregua, en ese primer capítulo de las locuras de Afrodita.

—La discreción es una gran virtud. Lo sé porque carezco de ella —afirmó con solemnidad mi esposa.

—Entendido.

—Si quieres humillarme, adelante. Lo merezco; he desertado cuando más me precisas. Lo aceptaré con deportividad.

Me poseyeron unas invencibles ganas de acabar la charla, un hastío insoportable. Oí el rumor del campanario, y calculé el tiempo que restaba aún para la noche.

—Por favor, carezco de fuerzas y de palabras. Anda, déjame unos minutos solo. Reposar, dormir. Ya hablaremos.

Sin embargo, hube de angustiarme al poco rato. Me tumbé frente a la chimenea, cuyo crepitar proporcionaba un sabor arqueológico a mi vida. Mi mujer. La necesitaba más que nunca. Si se escapaba con el amante, quién simplificaría mis jornadas, quién iba a pagar las facturas o me acompañaría al hospital. Sería engañado, pobre, desasistido, mugriento.

Las miserias cotidianas surgían ahora ante mí como pruebas dificilísimas, insolubles. Me estiraba en la otomana con desasosiego, con terror ante el futuro, al borde mismo del llanto. La jovencita no estaba presente. En la cocina, diluía una de las infusiones que me obligaba a ingerir. Entonces golpearon la puerta:

—Entra, hija. No tienes por qué llamar.

—¿Se puede? —. Oí una voz ronca de varón.

Así que era él. Todo sucedía a una velocidad extraordinaria. Solo hacía unos meses del aciago diagnóstico.

—Sí, adelante.

No me moví, para qué, y seguí en el silencio.

—Soy el canalla que se acuesta con su mujer.

Me cayó bien el individuo, automática, instintivamente.

—Siéntese donde pueda. Disculpe el desorden.

Lo hizo, ya que oí arrimar un sofá a la cercanía del fuego.

—Un miserable... La culpa me está acabando. El enamoramiento, esa insania…

Quise reír por primera vez en largos meses.

—¿Por qué no me asesinan y se quitan de en medio el estorbo que soy?

—¿Yo? Sería incapaz de matar a un gato. Si llegáramos a un acuerdo. Ella no se atreve, fíjese. Muy valiente para unas cosas…

Entró la cuidadora con sus tisanas. No despegó los labios. Depositó una tila entre mis dedos y se puso a dormir en su sillón favorito. Aquel hombre siguió hablando como si no hubiera nadie más presente.

—Lo primero consistiría en la disolución de gananciales. Se vendería este piso, dividiendo lo obtenido entre ambos.

Me sacudió un escalofrío feroz. Este hogar mío, placentario y dulce. La *chaise longue* junto al ventanal de las gotas. Había sido de mis padres y lo conocía palmo a palmo. Lo puse a nombre de los dos, en un arrebato de estúpida cortesía amorosa. El único refugio en el bosque. La última trinchera en la batalla. Me dejaban caer a los infiernos.

—¡Esta casa no!

—Siga la lógica, no se deje alterar. Si compra la mitad del inmueble a su mujer, le quedará algo para su vida futura. Lo ideal sería que un juez le asignara un tutor. Habrá que pagarlo también.

Fui incapaz de resistir ni un minuto más. Me desvanecía, me desmayaba ante sus argumentos intolerables.

—Tengo sueño.

—¿Cómo dice?

—Me voy a acostar.

Encontré de inmediato las zapatillas. Ya era todo ojo en mí, hasta la punta de los pies. La tiritera y el frío cubrían mis órganos, ciegos y abruptamente perdidos en las grutas del cuerpo. El hombre bajó el tono de voz.

—Entiendo, es mucho acíbar para una sola tarde. Seguiremos esta conversación cuando usted disponga.

—Sí. Adiós, adiós, váyase de una vez.

Oí con qué delicadeza cerró el batiente.

**

Antes de que las sombras de la noche caigan definitivamente sobre la cuadrícula del patio; antes de que en el jardín interior comiencen las lechuzas a abandonar sigilosamente sus nidos en los alerones, ha llegado el momento de partir, el inevitable momento del regreso. La oración, aprendida de mi madre, vuelta a desgranar tras largos años de agnosticismo y desidia. Fluida y cadenciosa, curiosamente con otro timbre de voz, más dubitativo que en la infancia, aunque más necesario.

**

Me desperté, a la siguiente mañana, dudando sobre lo sucedido. ¿Lo había imaginado? Pasé el día entre rumias e incredulidad. Aunque al atardecer volví a escuchar los familiares gemidos, el aliento agónico de Afrodita. Me puse una chaqueta sobre el pijama. No estaba nervioso, muy opuestamente, sino lánguido y oprimido por el torpor del horario. Oí las campanadas de Nuestra Señora de la Noche.

Entonces abrí la puerta y penetré en la zona luminosa del hogar. Caminaba seguro, pues en sus estancias era amo y maestro, como de niño, ya que poco había sido modificado. Me dirigí al dormitorio conyugal. Allí seguían los dos, sin reparo, sin cautela. Bajé los fusibles y entré en la alcoba.

—¿Quién es? ¿Tú? ¿Es posible?

El hombre se levantó. Sé que se calzó y vistió sus calzoncillos para sentirse más fuerte y hábil. El humano desnudo se fragiliza. Mi mujer no decía nada y esperaba acontecimientos dentro del lecho, el respirar alterado, el crujir de las sábanas planchadas entre sus manos temerosas. Mi oído era finísimo. Si ella hubiese intentado algo lo habría detectado al instante.

—He de pedirte disculpas. Ayer fui un animal.

Y allí en la oscuridad, que se había convertido brutalmente en mi reino, detecté que me temía. Seguramente habían dejado sus teléfonos móviles en el salón, pues los hubiesen utilizado para iluminarse.

Estábamos frente a frente. Adelanté la mano izquierda y le toqué el cabello y las sienes. Olí el perfume de bergamota que yo había regalado a mi mujer. Eso fue decisivo, esa minucia.

—Dime qué deseas. Me iba ya. ¿Qué?

Saqué el revólver lentamente. Estaba ya preparado. Mis dedos, su vibrátil sien izquierda, que había sido adorada, deseada, presentida por ella.

Con ambas manos disparé. Entonces el cuerpo retrocedió, golpeándose contra la base de la cama. Mi esposa gritó con tal fuerza que parecía haber acumulado todos los silencios de su vida para emitir aquel quejido obstinado.

Aunque voces de vecinos comenzaron a sonar comprobé que me asaltaba un sueño rotundo, súbito, sin proporción. Que debería ir a mi lecho para evitar quedarme dormido en cualquier esquina de la casa.

Entré en la cama exhausto, como si hubiese corrido millas bajo viento, tormentas, presión y fuga, esquivando una horda camuflada e indefinible. Sentí el organismo igual que un bulto declinante. Abrí el pastillero. La transición al estado onírico fue brusca, sin los peldaños de costumbre, como un salto en el vacío.

Estaba en la estación, la temperatura se había entibiado y yo con ella. Sobre mí el cobalto imperturbable. Algo se celebraba porque globos y banderines, de mil formas y colores, la llenaban por entero. Qué euforia me invadió al ser saludado por todos; era obvio que me esperaban, considerando mi compañía bienvenida y gratificante.

Entonces, por primera vez en tanto tiempo, me vi a mí mismo. Alcé las manos ante mis renacidos ojos, observé el color punzó de mis pantalones y el amarillo chillón de la corbata. Al acercarme a un cristal miré el rostro sonriente, blanco como cal viva. Los demás payasos llamaban con gestos, forzando muecas que se me antojaban puerilmente fantásticas, únicas. Se aproximó el factor:

—Perdone. Usted ¿sube o baja?

—Subo, por supuesto.

—Comprensible. Muy comprensible —repuso otra vez.

Me introduje en un vagón, sentándome junto a la ventana. El tren ya se movía. Era tan inmensamente feliz, de un modo absoluto. Partimos.

**